

El último juicio

El inquisidor cabalgaba en silencio.

La bruma del amanecer se aferraba al suelo como los dedos de un moribundo. A ambos lados del camino, los campos yermos se extendían hasta donde alcanzaba la vista, con sus árboles desnudos y sus casas abandonadas como vigías de un reino ya olvidado.

La peste había pasado por allí como un incendio sin llamas, devorando todo lo que encontraba a su paso, dejando tan solo cenizas humanas.

Guillaume de Rançon no necesitó ver los cadáveres para saber que estaban allí. Los olía.

Años atrás, el hedor de la muerte lo habría hecho vomitar dentro de su propia túnica. Pero ahora, aquel era un aroma más del mundo que le rodeaba. Un perfume macabro que se mezclaba con el cuero de su montura y el sudor rancio de su propia piel. Ya no quedaba asco en él. Tan solo costumbre.

El pueblo de Saint-Benoît estaba cerca. Sus superiores le habían enviado con órdenes precisas: averiguar por qué sus habitantes se negaban a entregar a los culpables de la peste.

En todos los demás pueblos, la voluntad de Dios había sido clara. Brujas quemadas, herejes lapidados, mujeres y niños arrojados al río para purificar sus almas. Pero en Saint-Benoît no había ejecuciones. Y si no había culpables, ¿por qué seguía muriendo la gente?

La aldea apareció ante él como un animal encogido. Las casas de madera y piedra, oscurecidas por la humedad y el abandono, se apretaban unas contra otras, como si quisieran protegerse del mundo exterior. El pueblo no tenía murallas, pero en su vacío se sentía una barrera invisible.

Guillaume desmontó con la destreza de alguien que había pasado más tiempo sobre un caballo que en una cama. Su manto negro rozó el suelo húmedo a la vez que sus botas se hundieron en la tierra blanda.

Nadie salió a recibirle.

Mal presagio.

Caminó por la calle principal. Su silueta alta y oscura proyectó una sombra alargada en la niebla. No había niños jugando en el barro. No había mujeres barriendo los umbrales. Las puertas estaban cerradas, las ventanas tapiadas con madera astillada y solo los cuervos parecían vigilarle desde los tejados.

Se detuvo en el centro del pueblo, donde la calle se ensanchaba como una herida abierta. Allí, en medio de la nada, estaba la iglesia envuelta en aquella niebla densa que tapaba las ornamentaciones de la fachada.

No era grande ni imponente. De hecho, su campanario estaba torcido, como si hubiera perdido la voluntad de mantenerse en pie. Pero la puerta estaba abierta, y desde dentro, una o varias velas dejaba salir la luz débilmente. Evidenciando la presencia de alguien en su interior.

Alguien parecía esperarle.

Guillaume avanzó. El viento sopló entre las casas y las ramas desnudas de los árboles cercanos a la iglesia crujieron como huesos viejos.

Guillaume de Rançon cruzó la puerta de la iglesia con paso firme. Dentro, el olor a cera y piedra fría apenas lograba enmascarar el rastro rancio de enfermedad. No había bancos en los que los fieles pudieran arrodillarse. No había cánticos ni oraciones. Solo una hilera de velas encendidas y el crujido de la madera vieja bajo sus botas.

Al fondo de la estancia, de pie junto al altar, un anciano esperaba con una calma inusitada. Sus ropas eran simples, de lana gastada. Su espalda, encorvada por los años, parecía llevar el peso de algo más que la edad y en su mirada, podía percibirse la ausencia de miedo.

—Habéis tardado en llegar, señor inquisidor— su voz sonó áspera, como el roce de una sogá contra la piel.

Guillaume lo observó en silencio. No se molestó en preguntar cómo sabía quién era.

—¿Dónde está el sacerdote de este pueblo?

El anciano mantuvo la mirada fija en él.

—Murió hace tres inviernos.

Guillaume frunció el ceño. La carta enviada a la Santa Sede hablaba de un sacerdote que había pedido ayuda... Pero si ese hombre estaba muerto, ¿quién había escrito la carta?

—¿Quién es el responsable de esta iglesia?

—Nadie. Dios no necesita intermediarios aquí.

El inquisidor avanzó un paso.

—¿Y quién te permite hablar por Él?

El anciano no sonrió, pero sus ojos tenían el brillo de quien había escuchado demasiadas veces la misma pregunta. No había sumisión en su rostro, solo una calma inquietante.

—El mismo que os ha traído hasta aquí.

Guillaume sintió una punzada de incomodidad, pero la ocultó con el frío estoicismo que le caracterizaba. No estaba allí para discutir con un anciano.

—Estoy aquí porque vuestro pueblo se niega a entregar a los culpables. En todas partes la peste ha sido un castigo para los impíos. ¿Por qué aquí no?

El anciano bajó la vista hacia la hilera de velas.

—Porque el castigo ya ha sido recibido.

—No han quemado a nadie. No han purgado la herejía.

El viejo levantó los ojos.

—¿Y de qué ha servido eso en otros lugares?

El silencio entre ellos se hizo más pesado que el aire enrarecido de la iglesia. Tan solo el graznar de los cuervos ocupó el lugar. Guillaume sintió una oleada de impaciencia. Estaba acostumbrado a la resistencia, a las súplicas y a las mentiras. Pero aquello no era desafío, ni miedo. Era certeza.

—¿Dónde están los enfermos? —preguntó, endureciendo la voz.

El anciano inclinó la cabeza, como si le apenara su pregunta.

—No hay enfermos en Saint-Benoît.

Guillaume sintió un escalofrío. Aquello no tenía sentido. La Santa Sede le había enviado porque aquel pueblo aún estaba muriendo, porque la peste no lo había abandonado. Pero si nadie enfermaba... ¿cómo podía seguir habiendo muertos?

—Venid. Deberíais verlo con vuestros propios ojos —. Dijo el anciano, girándose lentamente.

Salió de la iglesia sin esperarle, y el inquisidor le siguió con una mezcla de recelo y determinación. El viento sopló con más fuerza cuando cruzaron la puerta. El pueblo entero seguía en absoluto silencio y, sin embargo, Guillaume sintió que algo o alguien lo observaba.

El anciano caminó con paso lento, pero firme, su sombra se alargó sobre el suelo húmedo mientras guiaba al inquisidor hacia el corazón del pueblo. Guillaume de Rançon le seguía sin apartar la vista de su espalda encorvada, estudiando cada movimiento, cada gesto, buscando el momento en que la mentira se filtrara entre sus palabras. Pero hasta el momento, no había detectado falsedad alguna.

Las casas a ambos lados de la calle estaban cerradas a cal y canto. Nadie asomaba por las ventanas, nadie espiaba tras las puertas entreabiertas. Pero Guillaume podía sentir aquellos

ojos. No sabía cuántos, ni desde dónde, pero lo observaban.

—Si no hay enfermos, ¿dónde están los que mueren? —preguntó, con la voz cortante.

El anciano guardó silencio. Tan solo el eco de sus pasos resonaba en la calle desierta. Solo cuando llegaron a la plaza central, el hombre se detuvo y señaló con un movimiento pausado.

—Allí.

Guillaume siguió la dirección de su dedo.

Al otro lado de la plaza, el suelo de tierra oscura estaba removido, como si alguien hubiera excavado recientemente una fosa. Pero no era una fosa común. Era inmensa.

La pestilencia llegó a su nariz antes siquiera de que pudiera acercarse. Aquel hedor era inconfundible, más penetrante que la sangre, más denso que la podredumbre.

No había cruces. No había lápidas.

Solo muerte.

Guillaume avanzó y la tierra suelta crujió bajo sus botas. Cuando llegó al borde y miró dentro, el aire se le atascó en la garganta.

Cuerpos.

Decenas de cuerpos. Tal vez cientos. Unos aún conservaban jirones de ropa, otros no eran más que osamentas cubiertas de ceniza. Pero lo más inquietante no era la cantidad. Era el estado de los cuerpos. Algunos tenían la piel aún fresca, como si hubieran muerto apenas un día antes. Otros estaban secos, reducidos a pergaminos de carne sobre hueso. Pero no había signos de peste. Ni bubones, ni llagas, ni carne ennegrecida por la enfermedad. No parecían víctimas de la plaga, sino personas ejecutadas. Guillaume sintió un escalofrío involuntario.

— ¿Quién los mató? —preguntó, sin apartar la vista de la fosa.

El anciano se mantuvo en silencio un momento antes de contestar.

—El destino.

El inquisidor giró el rostro con brusquedad.

— ¿Qué clase de respuesta es esa?

El viejo lo miró con la misma calma inquietante de antes.

—La única que puedo daros.

La mandíbula de Guillaume se tensó. Había visto muchas cosas en su vida. Torturas, quemas, suplicios que habrían quebrado la mente de cualquier otro hombre. Pero aquello era diferente. No había terror, ni culpa, ni súplica en aquel pueblo. Habían aceptado la muerte sin resistirse.

Los cuervos graznaron de nuevo, esta vez más cerca.

El anciano se giró lentamente hacia él.

—Habéis venido buscando culpables, ¿verdad?

Guillaume decidió no responder.

—Os aseguro, señor inquisidor... que ya fueron juzgados.

El viento levantó una nube de polvo y el olor de la fosa se mezcló con la humedad de la tierra. Y por primera vez en muchos años, Guillaume de Rançon sintió que no estaba en un pueblo abandonado, sino en una tumba abierta.

Guillaume de Rançon apartó la vista de la fosa común y se volvió hacia el anciano con el ceño fruncido. La certeza con la que aquel hombre hablaba, la serenidad con la que señalaba los cadáveres, lo inquietaban más que la muerte en sí misma.

— ¿Quién decidió que murieran? —preguntó el inquisidor, sin ocultar su impaciencia.

El anciano respiró hondo, como si su siguiente respuesta no fuera para Guillaume, sino para alguien más.

—Ellos mismos.

Guillaume entrecerró los ojos. Era la primera mentira que detectaba en aquel pueblo.

—Nadie elige morir de esta forma.

El viejo lo miró con la sombra de una sonrisa amarga.

—¿No lo hacen? Decidme, señor inquisidor, cuando ordenáis quemar a una bruja en la hoguera, ¿no ha sido ella quien, con sus actos, ha elegido su destino?

Guillaume sintió el golpe de aquellas palabras, pero no dejó que su rostro lo reflejara. Era un truco viejo: devolver la pregunta, invertir el juicio. Pero él no era un novato en aquellas argucias.

—No es lo mismo. Una bruja recibe su castigo porque su pecado lo exige. Pero aquí no hay juicio, ni testigos, ni acusados. Solo cadáveres.

El anciano inclinó levemente la cabeza.

—¿Y si os dijera que sí hubo juicio?

Guillaume se quedó en silencio.

—Hubo preguntas. Hubo respuestas. Hubo culpables.

El inquisidor cruzó los brazos bajo su manto oscuro.

—Entonces decidme, anciano. ¿Cuál fue su crimen?

El viejo bajó la vista hacia la tierra removida, donde los cuerpos descansaban bajo el peso del silencio.

—Haber aceptado lo que no debían aceptar.

Guillaume sintió un escalofrío.

—¿Aceptado qué? —preguntó dejando entrever una mezcla de inquietud y temor por la respuesta.

El anciano alzó la mirada de nuevo y se giró hacia el pueblo, indicándole con un leve movimiento de la cabeza que le siguiera. El inquisidor vaciló. Algo en su interior le decía que lo que estaba a punto de descubrir no sería algo fácil de digerir y mucho menos de olvidar. Pero su deber no era olvidar. Era saber.

Se ajustó el manto, dio un último vistazo a la fosa, y avanzó tras el anciano.

El viento sopló de nuevo entre las casas, arrastrando el olor de los cuerpos y el graznido lejano de los cuervos.

Guillaume de Rançon siguió al anciano en silencio. El suelo húmedo se pegaba a sus botas, la brisa helada se enredaba en su capa, pero nada de eso importaba. Lo único que ocupaba su mente era la sombra de las palabras que acababa de escuchar.

«Hubo preguntas. Hubo respuestas. Hubo culpables.»

El anciano caminaba sin prisa, sin mirar atrás, con la seguridad de un hombre que no temía a quien le seguía. Aquel detalle molestaba a Guillaume más que cualquier otra cosa. Estaba acostumbrado a la sumisión, a la reverencia, al miedo. Los herejes temían la Inquisición. Los inocentes, incluso cuando dudaban de la justicia de Dios, temían la condena. Pero en Saint-Benoît no quedaba rastro alguno de miedo.

Llegaron a una casa vieja, pero no en ruinas. Las paredes de piedra húmeda, el tejado inclinado con musgo adherido a sus tejas... No era una vivienda abandonada, sino un hogar que aún respiraba.

El anciano empujó la puerta con un leve crujido y entró. Guillaume le siguió, manteniéndose erguido, con el gesto endurecido por el frío y la sospecha.

Dentro, la luz era tenue. Una única vela ardía en una mesa de madera, lanzando sombras temblorosas en las paredes. Había tres personas en la habitación. Un hombre, una mujer y un niño. Los tres estaban sentados. No parecían enfermos, pero

sus rostros eran pálidos y sus ojos hundidos. La mujer tenía las manos entrelazadas sobre el regazo; el niño, no mayor de ocho años, mantenía la mirada baja.

—Aquí están los últimos —dijo el anciano con calma, haciendo un leve gesto hacia ellos. Guillaume los miró con atención.

—¿Últimos de qué?

El anciano se giró hacia él y habló con la serenidad de un sacerdote que da la absolución.

—Los últimos que serán enterrados en la fosa.

El inquisidor sintió que un nudo invisible le atenazaba la garganta extendiéndose hasta el pecho. No se trataba de cadáveres sino de personas vivas.

—¿Qué habéis hecho? —murmuró, sintiendo, por primera vez en años, que el control de la situación se escapaba a su voluntad.

El anciano se acercó a la mesa y colocó una mano sobre el hombro del niño. El niño no se inmutó.

—Nada, señor inquisidor. Han sido ellos quienes lo han decidido.

Guillaume se giró hacia la familia, sintiendo un ardor helado recorrerle la columna. No había terror en sus rostros. No había ruego en sus bocas. Solo una calma absurda. Casi monstruosa.

—Nadie quiere morir —espetó, con la voz afilada.

El hombre de la mesa alzó la vista. Sus ojos eran oscuros, como un pozo sin fondo.

—Queremos descansar.

El inquisidor sintió una ola de furia atravesarle. Aquello era una aberración.

—La peste no os ha tocado. No estáis enfermos.

—No en el cuerpo —respondió la mujer, con una voz tan suave que resultaba insultante. El niño siguió sin moverse. No lloraba. Ni siquiera parecía escuchar.

Guillaume miró al anciano.

—¿Por qué?

El viejo le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Porque Saint-Benoît hace mucho que dejó de esperar la salvación.

El silencio en la habitación se volvió insoportable.

El inquisidor volvió a sentir una presión en la garganta, como si el aire se volviera más denso a cada momento. Algo estaba ocurriendo en aquel pueblo, algo que desafiaba todo lo que conocía.

Había visto aldeas purgarse con fuego. Había visto inocentes morir en las llamas, creyendo que su sacrificio les abriría las puertas del cielo. Había visto madres renegar de sus hijos para salvarse. Pero nunca había visto un pueblo entero aceptar la muerte como si fuera una elección. Y en el fondo de su alma, Guillaume entendió algo aterrador.

No era él quien juzgaba aquel lugar.

Era Saint-Benoît quien lo estaba juzgando a él.

Guillaume sintió un frío distinto al de la brisa nocturna. Era el frío de lo incomprensible, de algo que escapaba a la razón. El hombre, la mujer y el niño permanecían sentados, inamovibles, mirándole sin súplica ni desafío, solo con una quietud que le resultaba insoportable.

No tenían miedo.

El inquisidor no comprendía nada. No podía comprenderlo.

—Si la peste no os ha tocado... si vuestros cuerpos aún están sanos... ¿por qué estáis eligiendo morir? —preguntó, intentando arrancarles una verdad que tuviera sentido.

La mujer habló nuevamente con aquella voz tranquila, como si le estuviera explicando algo evidente a un niño testarudo.

—La peste no se llevó nuestros cuerpos, inquisidor. Se llevó nuestras almas.

Guillaume había visto los estratos de la plaga en toda Europa. Aldeas reducidas a tumbas abiertas, calles donde el hedor de la muerte impregnaba hasta las piedras, ciudades donde las campanas repicaban más por difuntos que por vivos. Pero siempre había encontrado resistencia.

Los sanos huían. Los enfermos imploraban. Los moribundos gritaban a Dios, aunque fuera para maldecirlo.

En Saint-Benoît no había gritos. No había suplica. Solo resignación.

—Dios da la vida. Y solo Dios puede decidir tomarla —dijo Guillaume, con una severidad que sonaba hueca hasta para sus propios oídos.

El anciano le miró con una mezcla de compasión y tristeza.

— ¿Creéis que Dios nos escucha, inquisidor?

Guillaume apretó la mandíbula.

—Dios os puso a prueba. Y vosotros os rendisteis.

—No nos rendimos —susurró la mujer—. Nos dimos cuenta de que estábamos solos.

Las palabras golpearon a Guillaume con la violencia de una bofetada. Aquel pensamiento... aquella duda... era peligrosa.

La fe no tenía espacio para preguntas. Solo para respuestas.

Y, sin embargo, el inquisidor sintió un temblor en su interior. No porque creyera en sus palabras, sino porque él mismo había pensado lo mismo en las noches más oscuras de su oficio.

Cuántas veces había visto aldeas enteras consumirse sin que Dios interviniera. ¿Cuántos inocentes habían ardido en la hoguera con rezos en

los labios y terror en los ojos? ¿Cuántas veces había ordenado castigos esperando una señal del cielo y nunca había recibido respuesta?

—Si fue Dios quien nos abandonó —continuó el anciano—, ¿por qué no podemos hacer lo mismo?

Guillaume se acercó a él en un arrebato de furia, sujetándolo del cuello de su túnica raída. Aquel pensamiento era una plaga peor que la peste.

—¡Necio! ¡Os habéis condenado a vosotros mismos! —gruñó.

El anciano no intentó soltarse. Sus ojos, hundidos pero inquebrantables, no reflejaron miedo.

—¿Y vos, inquisidor?

La pregunta lo descolocó.

—¿Qué?

—Creéis que estáis aquí para juzgarnos... o para ser juzgado?

Guillaume aflojó el agarre, como si de pronto el anciano pesara más de lo que podía sostener.

—Esto no es un juicio —dijo con voz tensa—. Es un suicidio.

El anciano bajó la mirada al suelo.

—Y, sin embargo, aquí estáis.

El inquisidor sintió una presión en el pecho. Algo en su interior gritaba que se marchara, que abandonase aquel pueblo de muertos que aún respiraban, que se alejara antes de que sus palabras envenenaran su fe.

Pero no se movió. Porque, en el fondo, sabía que si se iba sin respuestas... nunca volvería a dormir en paz.

El niño, que hasta entonces había permanecido en silencio, levantó la vista y lo miró por primera vez.

—Si Dios nos ha abandonado, inquisidor... ¿por qué vos seguís sirviéndolo?

Guillaume no supo responder.

El viento sopló a través de la puerta abierta. El sonido de los cuervos sobrevolando el pueblo fue lo único que llenó el silencio.

Guillaume no era un hombre acostumbrado a dudar. Había dedicado su vida al juicio y al castigo, a erradicar la herejía con fuego y hierro. Había visto a brujas consumirse en llamas, a blasfemos colgando de sogas que se mecían al viento, a niños

llorar en los brazos de sus madres antes de ser arrojados al agua. Y en cada una de aquellas veces, su fe había sido su escudo. Dios era justo. Dios era implacable. Dios hablaba a través de él.

Pero en Saint-Benoît, Dios parecía haber enmudecido.

Guillaume salió de la casa como si necesitara aire, aunque el aire mismo se sintiera tan espeso como el lodo bajo sus botas. El pueblo seguía en silencio. Las puertas cerradas, las ventanas ciegas, el eco de sus propios pasos resonando como un tambor funesto.

El anciano caminaba a su lado, con las manos cruzadas a la espalda.

—¿Os dais cuenta, inquisidor? —murmuró sin volverse a mirarle—. Vos mismo empezáis a verlo.

—Solo veo un pueblo de cobardes —gruñó Guillaume—. Os habéis entregado sin luchar, sin buscar la redención.

El anciano sonrió.

—¿Redención? ¿Y quién nos la daría? ¿Vos? ¿Vuestros superiores en la Santa Sede? ¿Los

mismos que nos condenaron al olvido cuando cerraron nuestras puertas y nos dejaron morir?

Guillaume se detuvo en seco.

Ahí estaba. La última pieza del enigma. La verdad oculta bajo las cenizas de Saint-Benoît.

— ¿Qué acabáis de decir? —su voz se tornó gélida, dura como una piedra.

El anciano se giró lentamente hacia él, con la serenidad de quien no teme al verdugo.

—Vos no sois el primero en venir aquí, inquisidor.

El corazón de Guillaume latió con fuerza.

— ¿Quién estuvo antes que yo?

—Otro hombre como vos —respondió el anciano—. Un enviado de la Santa Sede. Llegó con sus decretos, con su convicción de que el pecado debía purgarse. Y fue él quien nos juzgó. Fue él quien declaró que aquí no había esperanza, que era mejor aislar este lugar... que era mejor dejar que la peste hiciera lo que el fuego de la Iglesia no podía.

Guillaume sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿De qué estás hablando?

El anciano entrecerró los ojos.

—La Santa Sede nos condenó, inquisidor. Sellaron nuestros caminos, cerraron nuestras rutas. Nos convertimos en un pueblo de fantasmas antes incluso de morir.

La peste no había matado a Saint-Benoît. Lo había matado la Iglesia.

El inquisidor sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies. No. No podía ser cierto. La Iglesia no haría eso. No lo haría.

Pero en lo más profundo de su mente, algo se removió.

Un recuerdo.

Él mismo había visto pueblos arder con cada nuevo brote de peste. Aldeas enteras reducidas a cenizas antes de que la enfermedad pueda expandirse. Familias enteras ejecutadas por el simple rumor de que alguien había tosido sangre. No había sido el demonio. No había sido la plaga. Había sido la voluntad de Dios. O al menos, la voluntad de quienes hablaban en su nombre.

El anciano dio un paso hacia él.

—Ahora decidme, inquisidor... ¿seguís creyendo que venís a juzgarnos?

Guillaume no pudo responder.

Por primera vez en su vida, no tenía palabras que ofrecer. Solo silencio. El mismo silencio en el que Dios se había escondido. Guillaume de Rançon no pudo responder. Aquellas palabras del anciano flotaban en el aire, pesadas como el hollín que cubría una ciudad después de una quema. La peste no mató a Saint-Benoît. La Iglesia lo había condenado antes de que la enfermedad pudiera decidir su destino. Y él, un inquisidor de la Santa Sede, había sido enviado no para juzgar, sino para confirmar aquel silencio.

Sintió náuseas.

—Mentís —dijo. Aunque su voz sonó menos firme de lo que esperaba—. Es imposible que la Iglesia...

— ¿Imposible? —el anciano inclinó lentamente la cabeza con aquella maldita calma suya—. Decidme, inquisidor, en vuestros viajes, ¿cuántos pueblos habéis visto arder en nombre de Dios?

Guillaume sintió que su mandíbula se tensaba.

—Lo hacíamos para evitar el contagio.

-No. Lo hacíais para borrar los errores que no podíais admitir.

El inquisidor presionó los puños bajo su manto.

—Las hogueras no eran errores.

—¿No? —el anciano alzó una ceja—. ¿Tampoco lo fue esto?

A Guillaume le costó entender al principio. Pero entonces el anciano alzó una mano y señaló detrás de él. El inquisidor se giró lentamente observando la iglesia de nuevo. Ya sin la niebla cubriendo la fachada. A pesar de haberla visto al llegar, no había podido reparar en los detalles. El campanario se mostraba torcido, las piedras ennegrecidas por el tiempo. La vio en su totalidad. Y lo que vio en su puerta, le dejó sin aliento. Un cuerpo. O lo que quedaba de él.

El esqueleto aún estaba colgado de la entrada, clavado en un travesaño de madera, como si fuera una grotesca parodia de un crucifijo. No tenía carne, pero los jirones de su hábito negro todavía ondeaban con el viento.

Era un inquisidor.

Guillaume sintió cómo el frío se arrastraba hasta su columna.

-No...

El anciano se acercó despacio.

—Él vino antes que vos. También traía decretos. También traía certezas. Y también pensaba que nos juzgaba.

Guillaume tragó saliva. Había visto a muchos morir. Pero nunca había visto a un hombre de la Iglesia sufrir un destino como aquel.

—¿Lo matasteis?

El anciano negó con la cabeza.

—No. Fue él quien se entregó.

Guillaume lo miró con incredulidad.

—¿Qué estás diciendo?

El viejo suspiró.

—Al igual que vos, al principio se negó a aceptarlo. Pero luego vio la verdad. Y cuando la vio, comprendió lo que había hecho, comprendió lo que representaba, comprendió que era demasiado tarde para él. El inquisidor sintió un escalofrío.

—¿Y qué hizo?

El anciano bajó la vista.

—Eligió colgarse en la puerta de la iglesia. Como advertencia. Como penitencia. Como testigo de lo que se había hecho en nombre de Dios. El viento soplo con más fuerza.

Guillaume sintió que el aire le faltaba.

Miró el cadáver una vez más. Miró el pueblo. Miró la fosa común, que ahora le parecía más profunda que el infierno mismo a pesar de la distancia.

Todo encajaba.

Saint-Benoît nunca necesitó ser juzgado. Los que debían rendir cuentas estaban en otro lugar. Y ahora, él era parte de ellos.

—Si Dios calla... —susurró, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—, ¿qué sentido tiene todo esto?

—Esa, inquisidor... es la pregunta que debéis responder antes de iros.

Guillaume no contestó. No porque no quisiera, sino porque, por primera vez en su vida, no tenía una respuesta. Al menos no una convincente.

Guillaume de Rançon no sintió frío. No sintió nada. Estaba de pie ante la iglesia, con los ojos fijos en aquel esqueleto que colgaba de su puerta. El viento agitaba los jirones de su hábito como si intentaran despegarse de él, como si la muerte todavía intentara desprenderse de la identidad que había portado durante vida.

Guillaume sabía que debía irse. Dejar aquel lugar, regresar a la Santa Sede, informar de lo que había visto. Pero ¿qué podía decir? ¿Que la Iglesia había condenado a aquel pueblo antes de que la peste lo alcanzara? ¿Que el juicio no había sido para los pecadores, sino para aquellos que los habían abandonado? ¿Que su propia fe, la única brújula que había guiado su vida, se había astillado ante la única verdad que nadie se atrevía a decir en voz alta?

Dios no estaba allí.

Tal vez nunca lo había estado.

El anciano seguía junto a él, en silencio. Esperando.

—¿Por qué me trajisteis aquí? —preguntó Guillaume finalmente, con la voz opaca.

El viejo le miró con tristeza.

—Porque debíais verlo.

—¿Para qué?

El anciano inclinó la cabeza.

—Eso sólo lo sabréis vos.

Guillaume cerró los ojos con fuerza. Podía seguir adelante. Podía montar su caballo, alejarse de aquel pueblo y enterrarlo en su memoria, como había hecho con tantos otros antes. Pero ¿qué sería de él si lo hacía?

El otro inquisidor había comprendido la verdad y se había colgado en la puerta de la iglesia, convertida en advertencia y penitencia. ¿Qué haría él?

Entornó los ojos para mirar una vez más la fosa común. Aquella fosa no era solo para los muertos de Saint-Benoît. Era para todos los que, como él, habían ejecutado órdenes sin cuestionarlas. Era una tumba para su fe.

El anciano respiró hondo.

—Marchaos, inquisidor. Aún no es tarde para vos.

Guillaume parpadeo. El anciano no le ofrecía la soga. No le decía que se quedara, ni que debía pagar con su vida. Le ofrecía una elección.

Y por primera vez en su vida, Guillaume de Rançon no supo qué hacer con ella.

Su caballo seguía allí, atado donde lo había dejado. El camino de vuelta aún estaba abierto. Pero mientras lo miraba, supo que, si se marchaba, jamás encontraría paz.

El viento volvió a soplar, arrastrando consigo el murmullo de los cuervos en lo alto del campanario. Guillaume bajó la cabeza. No dijo nada más.

Solo giró sobre sus talones y empezó a caminar.

No hacia su caballo, ni hacia la salida del pueblo, sino hacia la iglesia. Hacia el cuerpo de su predecesor.

Hacia su propio juicio.

Y Saint-Benoît, un pueblo que había aprendido a aceptar la muerte, lo recibió en su silencio.